



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14208

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas. — Tres meses, 4'50 id. — EXTRANJERO: Tres meses, 10 id. — La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes. — La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 13 DE ABRIL DE 1909

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro. — Correo postal en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.



La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

Capital social: 12 000.000 de pesetas

efectivas, completamente desembolsada.

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL

45 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA. — SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: HIJOS DE SORO. Caballero 4, 6, s. pral.

Tema de actualidad

Con motivo de las próximas elecciones se recuerda en los periódicos, que con arreglo a la ley, todo individuo a quien ésta reconozca el derecho a votar tiene la obligación de emitir el voto.

Está bien, conviene al mismo tiempo garantizar la absoluta independencia en esa augusta función; no vaya luego a resultar que el hecho de ser elector sea un motivo para considerarlo como un siervo.

Supuesto que hay obligación de votar, que se vote; pero que cada cual lo haga con la voluntad libre, sin ajenas presiones, con entera independencia, que será un tanto más fructífera cuanto más garantizada esté.

Oportunamente se dieron los plazos reglamentarios para hacer cuantas reclamaciones se juzgasen convenientes, y ya no procede sino cumplir el precepto; lo que al cumplirlo no dejará de haber quienes se vean solicitados por indicaciones ineludibles para votar en tal o cual sentido, y eso debe de castigarse con toda rigor, y también con arreglo a lo que la nueva ley establece.

Lo esencial es que no se de el triste espectáculo de otras veces, en que la mayoría del Cuerpo electoral se dejaba suplantar en el ejercicio de la emisión del sufragio, dándose el caso de que votasen los muertos en donde no habían querido votar los vivos.

Antes de salir de la apatía electoral sin consecuencias ó a lo sumo con alguna que otra multa, suponiendo que llegase a imponerse. Ahora las consecuencias serán muy diferentes, pues se establecerá un descuento como castigo a quienes percibiendo sueldo ó emolumentos del Estado, de la provincia ó del municipio olviden ó falten al cumplimiento y ejercicio de su deber electoral.

Este rigor podrá ser saludable si, como queda indicado, va acompañado de todo género de garantías en el ejercicio de la función electoral. Obliguese a votar a todo el que tenga derecho a ello, pero déjesele que vote con arreglo a sus convicciones y sentimientos relegando al olvido la cómoda teoría de que el que percibe un sueldo de esta ó la otra clase tiene que votar con arreglo al interés ó a la conveniencia de quien le paga. Esto es absurdo, y ya que se quiere llevar a punta de lanza todo lo relativo a obligaciones, que se tire de la cuerda para todos por igual.

Nota del día

Parece comprobado que el planeta que nos sirve de albergue y tiene la figura de una naranja, por el achatamiento de ambos polos, está en plena decrepitud.

La tierra se seca; la parte sólida aumenta y la líquida y también la atmosférica disminuyen. La naranja se va endureciendo.

Todavía faltan muchos siglos para que el planeta se seque por completo,

pero ya empiezan a notarse algunos efectos de esa decadencia.

Las gentes también se van secando y endureciendo. La frase vulgar de los corazones secos y del poco cutis es menos exagerada de lo que generalmente se cree. Hay más pellejo, pero menos cutis, menos sensibilidad.

El buen D. Quijote de la Mancha era, según lo exhibió Cervantes, muy seco y algo avellanado, pero por dentro era un cumplido caballero. Podría tener seco el rostro, pero el corazón era un manantial de virtudes sociales.

Ya no hay caballeros así, ni corazones como ese. Las gentes de ahora no están a la altura cívica del caballero de la Triste Figura, que era el más gracioso loco; pero son en cambio positivistas en alto grado, egoístas hasta el grado superlativo.

Se seca el planeta, se secan los corazones, se secan los cerebros. No hay genios, ni héroes, todo son medianías, que luchan como las gallinas de corral, por atrapar el grano ó el desperdicio que se les arroja.

Ved nuestras sociedades cultas, la política, el foro, la industria, el comercio, la literatura, hasta las Bellas Artes; contemplad las planas mayores, que valen muy poco, y las menores que valen menos. ¿Consistirá eso en que el planeta se va secando?

La luna dicen que ya está seca por completo é inhabitable por carecer de la suficiente humedad que es la que determina las selvas y las florestas más ó menos umbrías. Allí no hay vida, pero ha podido haberla.

Antes de que el satélite se secase, se habrán ido secando los lunáticos; y como lo que ves esperas, según el refrán, no cabe duda que por acá sucederá alguna vez eso mismo.

Y cuando ocurrirá, ¿de qué habrá servido el afanarse tanto para lograr el bienestar ajeno y el propio? De nada absolutamente. Al menos eso es lo que piensan ó creen ciertos filósofos positivistas.

Pero de aquí á que la Tierra se seque y quede como la Luna, convertida en un cangilón de noria, transcurrirán muchos siglos; durante los cuales habrá mucho que hacer, á los que entonces nos hayan sucedido.

¡Asusta pensar como tendrán el corazón nuestros descendientes cuando ahora lo tienen tan seco, tan duro y tan negro nuestros contemporáneos!

ABEL IMART

DE LUTO.

Murió Juan y, á portía,
De luto riguroso, el mismo día
Se vistieron al punto
Los hijos, la mujer y hasta una tía
Que lo era en quinto grado del difunto.
Sólo su madre junto al lecho frío,
Sin cuidarse del traje que llevaba,
Murmuraba ¡bibi miol!

Y vertiendo de lágrimas un río
El rígido cadáver abrazaba;
En tanto que la viuda,
Alarde haciendo de su pena aguda,
Para ofrecer al muerto más tributo,
«Póngase usted de luto» la decía,
Pues sin duda creía
Que era el luto de su alma poco luto.

II

Del tiempo el raudal pasó
A los deudos de Juan prestó consuelo,
Y les duró su duelo
Lo que duró su luto. . un año escaso;
A excepción de la viuda dolorida
De quien propios y extraños
Afirmar que de luto fué vestida
Como marca el ritual, justos dos años;
Al cabo de los cuales
Calmó su afán con nuevos esponsales.
Sólo la madre aún llora,
Sin que logre la calma bienhechora
Robarle del dolor la negra palma;
Sólo ella al que murió rinde tributo;
Sólo ella jella no más lleva de luto
Vestida siempre el alma.

CARLOS CANO.

El lazarillo hablador

Hace algunos años, que al pie de la Torre de la Catedral de Málaga, se colocaba todos los días, y á veces todas las noches, un ciego, que sombrero en mano pedía limosna á los que pasaban, repitiendo.

—Un «ochavito» para este pobre ciego de nacimiento.

Ha transcurrido bastante tiempo y aun me parece que lo estoy viendo, de rodillas; con la cabeza alta y los brazos sosteniendo el destrozado sombrero, prenda que hacía recordar la Regencia de Espartero y el abrazo de Vergara, según se hallaba de descolorido.

Vestía el mendigo una levita negra abotonada, regalo sin duda de un difunto menor, pues las mangas llegaban poco más allá del codo y la cintura se señalaba casi á mitad del pecho. Lo que de levita le faltaba le sobraba de pantalones, porque á pesar de los dobleces que abajo tenían, tocaban el suelo, sirviendo de «barredera» económica.

A su lado tenía casi siempre un muchacho, que decía ser hijo suyo, paternidad más dicha y alardeada, que verdadera y creída, pues no faltó co-

madre que asegurase que el chico se lo alquilaba una vecina á cambio de ocho perras gordas diarias, que sin excusa alguna entregaba el ciego apenas pisaba el corralón del Barrio de la Trinidad, donde tenía su sala si es que sala puede llamarse un espacio de dos metros de largo por uno y medio de ancho, húmedo, sucio, con olores insostenibles y sin ventilación alguna.

Era este muchacho, escogido por el ciego para su lazarillo y acompañante, un ejemplar magnífico de los que forman la partida de la tizne, terror de los que atraviesan el Egido y el Guadalmedina en días de pedrea y personaje que trae á la memoria varios de los que presenta Cervantes en sus «Novelas Ejemplares.»

Tenía rubio el cabello, los ojos azules oscuros, delicadas las facciones, pequeña la boca, y se adivinaba la blancura de su cutis, á pesar de la poca limpieza, pues á primera vista probaba no ser muy aficionado el chico á bañar su cabeza en los pilones de las fuentes de Reding, Capuchino ó de la Plaza de Uñibay, tocador improvisado de muchos de sus compañeros de fatigas y de pedrea.

Vestía blusa azul rayada, correa á la cintura, pantalón de lienzo obscuro, alpargatas bastante rotas y una gorrilla sembrada de respiraderos que evidenciaban su uso.

Tenía la costumbre de socorrer al pobre ciego, siempre que pasaba por la Plaza del Obispo, ganándome así un millón de bendiciones, que no por ser menos sentidas eran menos expresivas. El lazarillo, apenas me veía desembocar por la calle de Molina Larios, tocaba al ciego en el brazo y parecía decirle:

—Ya está ahí el señorito de todos los días.

Confieso que alguna vez, persona de mi intimidad, aquel malogrado escritor que se llamó en vida Tobalo Alarcón Bonel, me expuso su duda de que el ciego lo fuera fingido, por algún detalle que pescó al vuelo; pero yo no le hice caso, insistiendo en mis limosnas y en mi compasión.

Una tarde, no sé si de Enero ó de Agosto, pues esto importa poco á mis lectores, al llegar al sitio donde el ciego se colocaba, noté que no estaba. Alcé la vista por si se había alejado y

me apercibí de que el lazarillo estaba un poco más allá, brincando y corriendo. Al verme, exclamó:

—¡Aquí estoy, aquí estoy, señorito! Entonces, mientras sacaba la moneda, le pregunté:

—¿Estás sólo? ¿Y el ciego está malo?

—Non ceñó—contestó el chico, con ese ceceo andaluz que me hacía mucha gracia.

—¿Entonces dónde está?

Dudó un momento el lazarillo, pero rascándose la cabeza y con un aire de ingenuidad completa, respondió:

—¡Güerve pronto! Es que ha ido á el Boquete der Muelle, á ver si ha llegado al puerto el vapor correo de Melilla.

BOLSA DE MADRID

IMPRESIONES

(De nuestro servicio particular)

Sin sesiones en la Bolsa de París, hasta el lunes próximo inclusive, los mercados nacionales, lejos de aprovecharse de la libertad en que quedan para elevar los cambios, se muestran descorazonados y mal dispuestos, por el absurdo rumor, que no sabemos con que fin se ha puesto en circulación en Barcelona, referente á que entre los proyectos de Hacienda figura uno elevando en 2'50 por 100 el impuesto de 20 por 100 que hoy pagan los valores del Estado. Repetimos que este rumor lo consideramos totalmente desprovisto de fundamento, aunque nuestro deber de informadores imparciales nos obliga á recogerlo por cuanto á él se debe la baja de hoy. El Interior fin de mes, que el miércoles cerró á 88'35 oscila durante la sesión oficial entre 88'07 y 87'90 y después de la sesión oficial llegó á cotizarse á 87'77.

El Contado en partida queda á 87'65, con pérdida de 20 céntimos respecto á su cambio anterior y los títulos pequeños se negocian de 88'05 á 88'15. Los dos Amortizables, firmes, sostienen los cambios precedentés y en la misma actitud de firmeza se presentan los valores de crédito. Se exceptúa el Banco del Río de la Plata,

Biblioteca de El Eco de CARTAGENA 314

—Madre mía, madre mía,—dijo doña Flo;— ¿no habrá ningún medio de salvar á D. Fernando.

—¿Te ha dado tu padre alguna esperanza, hija mía?—preguntó.

—No.

—Entonces, pobre niña creo á tu padre.

Y prorrumió en sollozos

—Pero al fin, señora, insistió doña de casamiento, como pidiéssela esta gracia á D. Fernando.

Me la negará.

—Sin embargo, señora un padre es siempre padre.

—Si, un padre,—respondió Mercedes.

—No importa, señora, un intentado, ca lo suplico.

Mercedes quedó un instante pensativa.

—En efecto,—dijo,—no es mi derecho pero es mi deber.

—Vicente,—dijo,—¿dónde está como vuestro amo?

—Ha entrado en su cuarto, señora, y se ha encerrado.

—Ya ve!—dijo Mercedes.

—Rogadle que abra con vuestra dulce voz, señora.

—¡Y abrirá!

LA REINA TOPACIO 317

lanzó á la puerta, la abrió; en efecto, Mercedes estaba tendida en tierra.

Corrió hacia ella y trató de levantarla, pero don Alonso le hizo una señal.

Si Mercedes había caído, evidentemente era el resultado de una emoción que no había podido soportar.

D. Alonso estaba á diez pasos de Mercedes; y al la caída de esta hubiese sido por un mal tratamiento de su marido, éste no hubiera tenido tiempo de alejarse á tal distancia.

Por otra parte, con un sentimiento que no era enteramente exento de afecto, le tomó en sus brazos, llevándola á la autocámara, donde le recostó en una especie de diván.

—¡Pobre mujer! ¡pobre madre! murmuró.

Luego entró en su cuarto y se encerró de nuevo sin decir una palabra á la joven, y tan idiosincrasia como sine la hubiese visto.

Al cabo de cinco minutos Mercedes abrió los ojos, reunió sus pensamientos, trató de fijarlos en la aanda de los objetos exteriores, rebotó de donde estaba, recorrió la casa que allí le había conducido, y se levantó volviendo la cabeza.

—¡Oh, bien lo sabía! murmuró.

Y vuelta á conducir por la joven, entró en su cuarto y cayó en un sillón.

En este momento se oyó desde la puerta, á don

